



EL PARTIDO DE LOS EX

FERNANDO LOPEZ AGUDIN

UNO de los datos más sintomáticos de la experiencia democrática de nuestro país radica en el número de ex-militantes de los principales partidos políticos; junto con el alarmante incremento del porcentaje de abstenciones en las distintas variedades de consultas electorales, la cifra de dirigentes, cuadros y militantes que desertan de las organizaciones colectivas conforma un panorama inquietante para las perspectivas del sistema democrático. La premonición de Ignacio Silone, formulada en la década de los treinta, nada más abandonar el Partido Comunista Italiano, donde había trabajado como funcionario político, referida a un espacio social concreto —la lucha final será entre los ex-comunistas y los comunistas— cobra aquí toda su dimensión y acierto, porque en España se cumple en todos los espacios sociales posibles y probables: todo el mapa político español es una lucha de ex-miembros contra los miembros u otros ex-miembros.

Dejando de lado el grupo político al que concretamente hacía referencia el novelista italiano, el Partido Comunista de España es la concreción más perfecta de la premonición de Silone, no hay un solo partido que escape a los dramas y tragedias de las crisis políticas. Empezando por donde hay que empezar, por el partido gubernamental, la crisis de Unión de Centro Democrático se engloba en la actualidad en la pugna que opone a la dirección contra los ex-socialdemócratas de Francisco Fernández Ordóñez; siguiendo por donde hay que seguir, el primer partido de la oposición, en el que los núcleos dirigentes se enfrentan a ex-militantes pablistas o militantes con mentalidad de ex que permanecen en el interior del partido, con grave deterioro pa-

ra la imagen de la misma organización, como demuestra el caso ocurrido en el ayuntamiento madrileño; y terminando por donde hay que terminar, con una Coalición Democrática donde los ex por antonomasia, José María de Areilza y Antonio de Senillosa, inician su marcha hacia las candidaturas de Unión de Centro Democrático.

Aunque, sin ninguna duda, la mejor representación de esta tendencia ex la que encarna Miguel Boyer: ex-militante socialista que ingresa en Unión de Centro Democrático, para pasar a ser ex-militante centrista que retorna al Partido Socialista Obrero Español, antes de volver a ser ex-militante socialista que se queda en la condición de ex a secas. No es el único caso; también hay el de un novelista andaluz que ha pasado de ser ex-comunista a ser ex-socialista y no tardará en dejar de ser ex-socialista andaluz, si es que no ha dejado ya de serlo. Y estos casos personales no son la excepción, sino la regla del mundillo de la política.

¿De dónde?

Hay ex más espectaculares y reconocidos que otros, así como crisis que en los medios de comunicación son tratadas con más fruición que otras más larvadas; pero los ex y las situaciones críticas no son patrimonio de nadie. No hay más que una excepción y es la que se refiere a los partidos de las nacionalidades; sean de derechas o de izquierdas, el nacionalismo es la única ideología que hoy resiste el paso del tiempo y las desventajas de la experiencia democratizadora; ahí están los casos del Partido Nacionalista Vasco o Convergencia y Unión de Cataluña como ejemplos de crecimiento de militancia en el seno de la

derecha nacionalista, o los casos de Euskadiko Ezkerra o el Partido Socialista Andaluz como exponentes de la buena salud de la izquierda nacionalista que, incluso, fagocita a los restos de la izquierda estatal.

Es cierto, sin embargo, que el fenómeno de los ex se presenta de modo distinto en uno u otro bloque social; por ello da la sensación de que es un aspecto de la crisis de los partidos de la izquierda exclusivamente. Al ser partidos más ideologizados y politizados, menos amasados por los intereses, parece que los ex son un conjunto de desencantados de las organizaciones de la izquierda; sensación que no se corresponde con la realidad, aunque sí refleja parte de esta realidad. No es cierto que los ex se den únicamente en el grupo socialista-comunista, pero sí lo es que se presentan de un modo distinto: los ex de la derecha, como el caso aludido de Francisco Fernández Ordóñez, existen, pero, sobre todo, este fenómeno se presenta en su electorado: al no ser partidarios de militantes, sino de votantes, los ex se manifiestan en las urnas y no en las organizaciones. Los ex de la izquierda lo son por partida triple —dirigentes, cuadros y militantes— y los ex de derechas lo son por partida doble, dirigentes y electorado.

Asimismo, el hecho de que durante muchísimo tiempo los ex fuesen únicamente los ex-comunistas que, por una razón u otra, abandonaban lo que entonces se denominaba y era «el Partido», ha contribuido a desarrollar ese cliché de que el ex o es de izquierdas o no lo es. Estereotipo que ha quedado desmontado desde el momento en que no hay «el Partido», como en los 40 años de la dictadura franquista, en que realmente no existía más organización, estrictamente hablando, que la del Partido Comunista de España, sino un abanico de

EL PARTIDO DE LOS EX

partidos que actúan a plena luz del día. En ese sentido, la existencia de la familia de los ex es un dato positivo en la medida que indica que hemos superado la inexistencia de libertades democráticas.

¿Por dónde?

El itinerario que conduce a un militante a ser un ex-militante, es de lo más complicado y sencillo a la vez; sin entrar en el terreno de los análisis de las motivaciones personales o de las consideraciones caracteriológicas, la realidad muestra que los ex surgen por tres factores. El primero de ellos, por orden cronológico y de importancia, es un problema de origen: antes de la recuperación de la democracia no existía más que un partido político, el PCE, que era más un partido antifranquista consecuente que un partido ideologizado y coherente; y después de la venida de la democracia reaparece un PSOE con una doble alma histórica y un punto de encuentro coyuntural de todas las tendencias de la derecha democrática concretado en las siglas UCD. Lógicamente, en este quinquenio tan cargado de problemas y obstáculos, cada una de estas organizaciones ha tenido que decantarse táctica y estratégicamente; acabando con la ambigüedad con la que emergía de la clandestinidad o renacia de las brumas de la historia.

Decantamiento, provocador de conflictos y contradicciones antagónicas, que genera una práctica política no demasiado democrática en el interior de sus organizaciones respectivas; lo ocurrido en los últimos congresos centrista, socialista y comunista, ahorra comentarios al respecto y aclara la importancia de este factor generador y multiplicador de ex. No hay más que recordar cómo fue descabezado Adolfo Suárez, o eliminada la tendencia eurocomunista o cercada la corriente pablista, en los tres grandes partidos democráticos, para entender con diaphanidad cómo cada una de estas opiniones políticas ha sido y son una fuente continua de ex. La falta de democracia interna arroja el mismo balance de ex que la insuficiencia de democracia externa arroja de abstencionistas; el pasar de organizaciones tiene la misma motivación que el pasar de urnas: ¿para qué militar o para qué votar si de nada vale hacerlo?

Finalmente, los resultados no son alentadores para ninguno de los grupos; ninguno de ellos hubiera fir-

mado hace cinco años por encontrarse en la situación en la que se encuentran hoy individual y colectivamente; ello engendra, lógicamente, el deseo de cambiar total o parcialmente la dirección o los criterios de la dirección con el resultado conocido. Es un círculo vicioso: la grave situación de la democracia acentúa el carácter personalista de los líderes y de sus organizaciones y este acentuamiento agrava la experiencia de la democracia con la consiguiente sangría de dirigentes, cuadros y militantes.

¿Hacia dónde?

Igualmente, el destino de los ex se expande en tres direcciones; aunque en este caso no existe un orden y las variantes son múltiples. Pero, por lo general, el punto de destino inicial consiste en la tentación de crear un nuevo partido político o de preparar su gestación a través de cualquier recurso asociativo. Ahí están naciendo partidos como el de Acción Democrática de los ex de Unión de Centro Democrático, la ARI o los partidos comunistas prosoviéticos de los ex del Partido Comunista de España, como botón de muestra de esta tendencia congénita de los ex y que muy pocos logran evitar: se trata de crear la organización ad hoc que resuelva la papleta que la organización matriz no supo, quiso o pudo resolver.

Bálsamo de Fierabrás que, rápidamente, pierde su facultad curativa: en un tiempo récord surgen los ex de las nuevas organizaciones y de los nuevos partidos políticos. Y es que el segundo punto de destino de los ex no tarda en manifestarse: retornar a la organización de la que salieron o ingresar en una organización vecina que los acoja con hospitalidad. Siguiendo con el mismo ejemplo de Acción Democrática y de los múltiples partidos comunistas, hay ya ex que han optado por reincorporarse a Unión de Centro Democrático y al Partido Comunista de España, o pasarse a la organización del PSOE, dispuesta a acoger con alegría a los ex que provienen del centrismo o del comunismo. En la medida que la tentación de crear un nuevo partido no cuaja, y en que la realidad reproduce los mismos mecanismos viciados de las organizaciones de las que huyeron, se produce esta tentativa de retorno o de ingreso.

Posteriormente, a la vez o antes, parte de los ex adopta la actitud que

parece más sensata: volver a sus casas y abandonar el mundillo de la política a los profesionales que han hecho de ella una actividad profesional. La evasión en la vida privada o en el trabajo es el destino final de la mayoría de los ex; aunque en algunas ocasiones todavía un sector de ellos trata de hacer política desde la actividad profesional en la que se mueven, intentando condicionar en lo que puedan el mundo de la política. Pero estos casos excepcionales no varían la regla general: el ex no tarda en consolidarse como tal, haya recorrido o no todos los puntos de destino que enumerábamos, y huye de la actividad política como si de la peste o del cólera se tratase. Y es lógico y coherente que sea así, porque no tiene ningún sentido pensar que los dramas de la organización en la que ha vivido son singulares o responden a la existencia de la persona que la dirige: el ex de un partido tiene como meta final ser ex de toda la política.

Una sangría necesaria

Es lamentable que así ocurra; máxime en un momento en que la experiencia democrática corre grandes peligros, ahí está el consejo de guerra contra los responsables de un intento de golpe de Estado que aún no está totalmente desmontado, y en el que no existen muchos cuadros políticos en las organizaciones democráticas que actúan en el panorama político español. Es evidente que esta sangría no es una buena noticia para el sistema de las libertades públicas, pero no lo es menos que es una sangría necesaria en la medida que la democracia necesita como agua de mayo el mínimo funcionamiento de unos partidos políticos representativos de los sectores sociales que concurren en la geografía española. Funcionamiento imposible e improbable en medio de tensiones internas sin fin o con la permanente tentativa de organizar nuevos partidos políticos. Malos o buenos, acertados o equivocados, la democracia necesita de partidos políticos y no de movimientos desestabilizadores de estas organizaciones desde dentro o desde fuera de ellas. Y es que en estos momentos el remedio que proponen algunos ex es peor que la enfermedad que intentan superar; en ese sentido, la mejor actitud de un ex es serlo hasta el final y no pretender dejar de serlo a costa de la escasa estabilidad de un sistema ya de por sí muy desestabilizado. ■ F.L.A.